



tigaciones, los dividiré en dos clases. La primera comprenderá aquellos que convienen en reconocer la unidad originaria de todo el lenguaje humano.

El sábio Alejandro de Humboldt, á quien debemos tantas preciosas noticias sobre las lenguas y los monumentos de América, se expresa así acerca de este punto interesante: «Por aislados que puedan parecer al pronto ciertos idiomas, y por singulares y caprichosos que sean, todos tienen una analogía entre sí; y sus muchas relaciones se descubrirán más fácilmente á proporcion que la historia filosófica de las naciones y el estudio de las lenguas se acerquen á la perfeccion (1).»

La Academia de San Petersburgo dió un testimonio de los más decisivos sobre este punto importante en el tomo V de sus Memorias (2). Esta sábia corporacion estaba probablemente sujeta en esta parte de sus tareas á la influencia del conde Goulianoff, que era entusiasta de la unidad de las lenguas, aunque demostrada solamente por la simple similitud de las palabras. Tambien él expuso suficientemente sus consideraciones en el Discurso sobre el estudio fundamental de las lenguas, de que voy á extractar un pasaje: «Borrándose con los siglos la sucesion de los hechos anteriores á la historia, parece que perjudica á la evidencia del hecho esencial, á saber, el de la fraternidad de los pueblos. Mas este hecho, el más interesante para el hombre pensador, se probaría implícitamente con el cotejo de las lenguas antiguas y modernas consideradas bajo su aspecto originario; y si alguna vez viniese un pensamiento filosófico á multiplicar más las cunas del género humano, la entidad de las lenguas estaria siempre allí para descubrir el prestigio; y esta autoridad reduciría, á lo que juzgo, el ánimo más preocupado (3).» Al año de publicadõ este Discurso distribuyó el prospecto de una obra que debía probar la unidad de las lenguas (4). La Academia decidió sin ninguna reserva en este punto, y despues de largas indagaciones, apoyó la conclusion que todas las lenguas pueden considerarse como los dialectos de un idioma perdido en la actualidad.

En la misma clase de escritores ha de contarse al consejero de estado Merian, que adoptó la propia conclusion, aunque no la sentó po-

(1) Ap. Klaproth, *Asia polyglotta*.

(2) *Boletín uniuers.*, vol. I, sec. 7.

(3) *Discurso sobre el estudio fundamental de las lenguas*, Paris, 1822.

(4) El título de la obra debi ser: *Estudio del hombre en la manifestacion de sus facultades*.

sitivamente en su grande obra el *Tripartitum*. Divídese esta en cuatro tomos en fólío, publicados en Viena desde 1820 á 1823, y contiene estados comparativos principalmente de palabras rusas y alemanas, pero con el aumento de una multitud de materiales informes sacados de todas las demás lenguas. Para hacer comparaciones de voces, tiene sin duda la obra un valor considerable; pero debe confesarse que hay que hojear página por página, antes de hallar algo que se parezca á una afinidad racional entre lenguas de diferentes familias. Como quiera, la conclusion de su primera continuacion ó de su segundo volúmen, declara bastantemente su sentir sobre el punto que nos ocupa, porque hé aquí cómo se expresa: «Los que duden de la unidad del lenguaje despues de haber recorrido á Whiter, pueden leer á Goulianoff (1).»

De la misma escuela es Julio Klaproth, cuyo nombre he citado muchas veces. Pocos autores hay á quienes se deban tantos documentos curiosos sobre las lenguas y la literatura de la mayor parte de las naciones del Asia, y la geografia de países que conociamos muy poco. Sin embargo, es preciso confesar que es un escritor atrevido, cuyas aserciones deben recibirse con cierta reserva: por otra parte, hubiera sido difícilísimo reunir una completa exactitud con el carácter variado de sus investigaciones. Su grande obra sobre la afinidad de las lenguas, *Asia polyglotta*, publicada en Paris el año 1823, consiste en un tomo abultado en 4.º con un atlas en fólío de estados comparativos. En esta obra no disimula su falta de creencia en la historia bíblica de la dispersion. «Este es, nos dice, un simple cuento, fundado en el nombre significativo de Babilonia, como otras muchas cosas en los escritos del Asia Occidental (2).» Supone que la especie humana se salvó del diluvio en diferentes puntos, trepando á las montañas elevadas, y considera que de allí se propagaron despues las familias como de otros tantos centros diferentes, al Cáucaso, al Himalaya y á los montes Altaí. No obstante estas opiniones de tan funesto agüero, sus resultados concuerdan estrictamente con la historia sagrada. Se lisonjea de haber puesto en tal evidencia la afinidad universal de las lenguas en sus obras, que todo el mundo debe considerarla como completamente demostrada. «Esto, añade, no es explicable en ninguna

(1) *Tripartitum seu de analogia linguarum libellus, continuatio*, Viena, 1822. La obra de Wither á que alude, es el *Etymologicum universale*.

(2) *Asia polyglotta*, s. 40 comp. s. 41.



otra hipótesis, á no admitir que existen todavía algunos fragmentos de un idioma primitivo en todas las lenguas del mundo antiguo y nuevo (1).» Yo juzgo que se debe confesar que en las muchas listas comparativas que da para cada lengua, aunque varios ejemplos estén escogidos ligeramente ó sean imaginarios, se descubren tantas semejanzas, que justifican plenamente la aplicacion del cálculo del doctor Young, si se concede algun valor al teorema de este.

Con mayor satisfaccion aún voy á citar el sentir de Federico Schlegel, á quien lloramos y al que debe nuestro siglo más de lo que podrán pagar nuestros últimos descendientes. Intentó á lo ménos convertir la atencion de la filosofía hácia el interior del alma, y combinar los elementos más sagrados de su potencia espiritual con los resultados de la ciencia humana, y descubrió una India más rica que la que abrió á Europa Vasco de Gama, cuyo valor no consiste en sus mercancías, en sus perlas y en su oro en bruto, sino en regiones de ciencias desconocidas, en minas de sabiduría mucho tiempo sin beneficiar, en tesoros de ciencia simbólica hondamente enterrados, y en monumentos de muchos siglos llenos de tradiciones primitivas y revelados.

En la primera obra que atrajo las miradas de la Europa hácia estos objetos importantes (su Tratado sobre la lengua y la ciencia de los indios, publicada en 1808), expone claramente su opinion tocante á la unidad originaria de todo idioma; rechaza con indignacion la idea de que el idioma fué invencion del hombre en su estado salvaje é inculto, y se perfeccionó gradualmente por el trabajo ó la experiencia de generaciones sucesivas; al contrario, le considera como un todo con sus raíces y estructura, su pronunciacion y su carácter de escritura (2), que no era jeroglífica, sino que consistía en signos que expresaban exactamente los

(1) *Asia Polyglotta*, prólogo, s. 9.

(2) La idea de que la escritura es un arte primitivo y una parte esencial del lenguaje, tomado en su sentido más completo, no es sólo de Schlegel: sin mencionar la tentativa de Court de Gebelin para probar la unidad de todos los alfabetos (*Mundo primitivo*; al fin del tomo III), ó las comparaciones aún más eruditas é ingeniosas que ha dado Paravey (*Ensayo sobre el origen único y jeroglífico de las cifras y letras de todos los pueblos*, Paris, 1826), solamente citaré dos autores que han seguido esta opinion. Herder observa «que los alfabetos de los pueblos ofrecen una analogía aún más patente, y es tal, que si se profundizan bien las cosas, no hay propiamente más que un alfabeto.» *Nuevas memorias de la Acad.*

sonidos componentes de aquellas primeras palabras. Es verdad que no dice que el lenguaje se diese al hombre por una comunicacion superior, pero cree que el entendimiento humano fué organizado de tal modo, que debió producir necesariamente desde el principio esa estructura, tan bien ordenada, tan bella, y cuya unidad é indivisibilidad supone por lo mismo (1).

Y no cambió de opinion con sus estudios posteriores; al contrario, en su última y preciosa obra, que concluyó su carrera filosófica, por una expresion de duda, como se ha observado muy bien (2), porque la muerte le sorprendió velando por los grandes intereses de la virtud, y le negó, lo mismo que el asesino de Arquímedes, el tiempo preciso para resolver su problema; en la *Filosofía del discurso*, digo, considera el lenguaje como un don particular del hombre, y consiguientemente único en su origen. No puedo ménos de citar un pasaje de ella: «Con nuestros sentidos actuales y nuestros órganos, es tan imposible para nosotros formar la idea más remota de la palabra que poseía el primer hombre antes de perder su potencia original, su perfeccion y su dignidad, como lo sería raciocinar sobre los discursos misteriosos por cuyo medio envian los espíritus inmortales en alas de la luz sus pensamientos por entre el espacio inmenso de los cielos, ó de esas palabras inefables para seres criados que se profieren en el interior impenetrable de la Divinidad, donde segun la expresion del himno sagrado, el abismo llama al abismo; de otro modo, la plenitud del amor sin fin unida á la Majestad eterna. Cuando de aquellas alturas inaccesibles volvemos á bajar á nosotros mismos y al primer hombre, tal cual era en realidad, la narracion simple por cuyo medio aprendemos del libro que contiene nuestros primeros documentos, que Dios

real, año 1781. El baron de G. Humboldt parece que admite la misma opinion en la conclusion de su *Ensayo sobre el origen de las formas gramaticales*, Berlin, 1823 (en aleman).

(1) *Sprache und Weistheir der Indier*, lib. I. F. Wulner, en su interesante obra *Sobre el origen y las significacion primitiva de las formas del lenguaje*, ha comentado severamente estos sentimientos expresados con la vehemente elocuencia que distingue todas las especulaciones filosóficas de su autor. Wulner deduce todo el lenguaje de las formas interjectivas.

(2) *Lecciones filosóficas, particularmente sobre la filosofía del lenguaje y de las palabras*, Viena, 1830 (en aleman). El autor espiró escribiendo la leccion décima; la última palabra de su manuscrito es *aber*, pero.



enseñó al hombre á hablar, se hallará acorde con lo que nosotros sentimos naturalmente, aun sin pasar de este sentido tan sencillo; porque ¿cómo pudiera ser de otra manera, y cómo pudiera verificarse ninguna otra impresión, cuando consideramos la parte que Dios tomó, la de un padre que enseña á su hijo los primeros rudimentos del lenguaje? Pero bajo este sentido tan sencillo se oculta, como en todo este libro misterioso, otro sentido de una significación mucho más profunda. El nombre de cualquiera cosa ó de cualquiera ser viviente, aun cuando es nombrado en Dios y designado de toda eternidad, encierra en sí mismo la idea esencial de su ser más íntimo, la clave de su existencia, la potencia decisiva para él del ser ó del no ser: así se emplea en el discurso sagrado, donde además va unida á la idea del Verbo en un sentido más santo y elevado. Según este sentido más profundo y esta inteligencia, enseña y significa esta narración, como ya lo he notado, que con el lenguaje confiado, comunicado y hablado inmediatamente por Dios al hombre, fué este instalado al mismo tiempo como gobernador y rey de la naturaleza, ó más exactamente como el enviado de Dios en medio de aquella creación terrena, y en el cumplimiento de los deberes de esta dignidad consistía su distinción original (1).»

Así, nuestra primera conclusión, sacada de los escritos de los etnógrafos modernos, es que el lenguaje de los hombres fué originariamente único. Volvamos ahora á la segunda, que la confirmará plenamente. ¿Cómo este lenguaje único se dividió en tantos otros de tan extraño modo diferentes?

Os daré primero la opinión de Herder, y para que no se sospeche que es un testigo parcial, prevengo que en la misma página que voy á citar tiene cuidado de manifestar que considera la historia de Babel como un fragmento poético de estilo oriental. Dícenos, pues, desde luego, que así como el género humano es un todo progresivo cuyas partes están íntimamente unidas; del mismo modo el lenguaje debe formar también un todo igualmente unido, nacido de un origen común. «Sentado esto, continúa, hay gran probabilidad de que el género humano y también su lenguaje suben á un tronco común, á un primer hombre,

(1) Pág. 70. Tal vez esta idea está tomada de Herder, *Filosofía de la Historia*, Londres, 1800, página 89, aunque no menciona en este pasaje más que la facultad de hablar, y no el lenguaje.

»y no á muchos dispersos en diferentes partes del mundo.» Desenvuelve esta proposición, y la funda en investigaciones gramaticales sobre la estructura de las lenguas: sin embargo, no para ahí sus conclusiones; afirma resueltamente, que según el examen de las lenguas, la separación de la especie humana debió ser violenta, no á la verdad porque los hombres mudasen voluntariamente su idioma, sino porque fueron violenta y repentinamente separados unos de otros (1).

Para demostrar la misma conclusión, leyó Sharon Turner á la sociedad real de literatura de Londres una serie de ensayos sobre esta materia en 1824 y 1825. El sabio autor emprendió un análisis muy circunstanciado de los elementos primitivos del lenguaje, y concluyó que las muchas apariencias de atracción y repulsión entre las lenguas, no dejaban otra alternativa para explicarlas que el adoptar alguna hipótesis análoga al acontecimiento cuya narración consta en el Génesis. Pero no insistiré más sobre su testimonio, el único á que me he referido en esta ciencia, sacado de un autor que defiende expresamente la narración de la Sagrada Escritura (2).

Mas de una vez he tenido ocasión de citar las opiniones del docto Abel Remusat, que poseía juntamente un conocimiento profundo de las lenguas del Asia Oriental, y un espíritu en sumo grado filosófico, y que puede considerarse con justicia que resucitó la literatura china y facilitó su estudio.

Su obra sobre las lenguas tártaras, aunque no acabada, es una mina de noticias raras sobre varios puntos, aparte de su objeto principal, y se distingue en todo su contenido esa fuerza de simplificación y de resolución analítica, que parece fué una de sus facultades especiales. En el discurso preliminar, extenso y variado, expone claramente su sentir tocante á la concordancia de la etnografía filológica con la narración sagrada; porque después de

(1) Ubi supra, *Mem. de la Academia Real*, Berlin.

(2) Estos *Ensayos* se imprimieron en las *Memorias de la Sociedad real de literatura*, vol. 1, primera parte; Londres, 1827. Hay muchas inexactitudes en los ejemplos traídos en esta obra, que por parte está hecha con mucho cuidado, y el autor emplea un sistema filológico que no sufrirá las pruebas admitidas universalmente por los lingüistas del continente. No habla absolutamente de las familias reconocidas en general. Se repite muchas veces la misma palabra, escrita tal vez con distinta ortografía por escritores de diferentes países, y aun da algunas que no existen en el idioma citado.



hablar con la extensión del modo con que pudieran dirigirse hácia la historia los estudios lingüísticos, concluye: «Entonces podríamos determinar con precisión cuál habría sido el origen de un pueblo según su lenguaje, con qué naciones había estado enlazado, cuál era el carácter de este enlace, y á qué tronco se refiere, á lo ménos hasta la época en que cesa la historia profana, y en que podríamos hallar en los idiomas aquella confusión que los produjo todos, y que no ha podido explicarse con tantos vanos esfuerzos (1).»

Pero en realidad, si admitimos una vez la unidad originaria del lenguaje, apenas podremos explicar sus divisiones subsiguientes sin algún fenómeno semejante. Esto lo notó el sabio y juicioso Niebuhr en una de las excursiones que hallamos por casualidad en su libro, y que indican siempre la maravillosa diversidad de sus estudios, entre los cuales hay que poner particularmente nuestra ciencia. Cito con más gusto el pasaje siguiente, porque en la primera edición, que creo sea la más conocida, se lee una opinión muy diversa. «Este error, dice en la tercera edición, se escapó á la atención de los antiguos, probablemente porque admitían muchas estirpes primitivas de la especie humana. Los que las niegan y suben á una pareja única, deben suponer un milagro para explicar la existencia de idiomas de estructuras diferentes; y respecto de aquellas lenguas que se diferencian por sus raíces y otras cualidades esenciales, hay que admitir el prodigio de la confusión de las lenguas. La admisión de semejante milagro no ofende á la razón, porque una vez que los restos del antiguo mundo nos demuestran evidentemente que antes de este orden de cosas existía otro, es muy creíble que duró íntegro desde el principio, y que en cierto período sufrió una mudanza esencial (2).» Y á esta observación podemos añadir, que si para explicar tantos idiomas diferentes debemos recurrir á tantas estirpes independientes, vendremos á parar en la necesidad de admitir, no un corto número en las partes distantes del globo, sino tantos cuantos idiomas hay ahora que al parecer no tienen ninguna conexión entre sí, es decir, muchos centenares; consecuencia nada filosófica en su principio, porque nos lleva de golpe á la solu-

(1) *Investigaciones sobre las lenguas tártaras*.

(2) *Niebuhr's Römische Geschichte*, tercera edición. Compárese la traducción inglesa en 1828. Es satisfactorio ver estas variaciones, á pesar de la declaración del autor.

ción extrema de un fenómeno constante, y todavía ménos filosófica en su aplicación, porque debemos entonces multiplicar las estirpes en razón inversa de los números que las componen, supuesto que las tribus más pequeñas y los pueblos salvajes más subdivididos presentan del modo más marcado diferencias notables en su lenguaje. De aquí se seguiría que lo interior del África ó las regiones no exploradas de la Australia, podrían contener más estirpes que la Europa ó el Asia enteras. Pero pronto hablaremos más de esta materia.

Concluiré los testimonios de los etnógrafos con el de Balbi, el laborioso y docto autor del atlas etnográfico del globo. Esta obra consiste en mapas en que están clasificadas las lenguas según sus reglas etnográficas, como él las llama, y se siguen unos estados comparativos de las palabras elementales de cada idioma conocido. El tomo de introducción que acompaña á este atlas contiene una vasta colección de noticias preciosas é interesantes sobre los principios generales de la ciencia. Al compilar Balbi esta obra, no sólo se ha aprovechado de todo lo que ya conocía el público, sino que le han auxiliado poderosamente los etnógrafos más hábiles de París. Debe, pues, interesar el saber la impresión producida en el ánimo de un autor que ha recorrido así todo el campo de la ciencia etnográfica, y ha recopilado la opinión de los que habían consagrado su vida á cultivar aquel. Según mis relaciones personales con él, puedo decir que está lejos de pensar que las investigaciones de los lingüistas propendan en lo más mínimo á combatir la veracidad del historiador sagrado, y no ha dejado de consignar esta opinión en su obra, porque en el primer *Mapa-mundi* se expresa así: «Hasta ahora ningún monumento, ya histórico, ya astronómico, ha podido probar que fuesen falsos los libros de Moisés; al contrario, estos concuerdan del modo más notable con los resultados que han obtenido los filólogos más sabios y los más profundos geómetras (1).»

Así pues, los resultados de este estudio parece que han sido dos: primero, tal vez una investigación peligrosa, y después un apoyo precioso y cada vez más fuerte á favor de las narraciones de la Sagrada Escritura. Las lenguas se forman gradualmente en grupos, y propendiendo diariamente estos grupos á acercarse y reclamar un parentesco mútuo, ofrecen seguramente la mejor prueba de un primer y único punto de partida, y sirven para dividir

(1) *Atlas etnográfico del globo*, por Adriano Balbi; París, 1826. Primer mapa-mundi etnográfico.



la especie humana en ciertas grandes familias características, cuyas divisiones subsiguientes entran en el patrimonio de la historia. Semejantes á esas moles agrupadas, pero desunidas, que consideran los geólogos como las ruinas de las montañas primitivas, vemos en los dialectos variados del globo los restos de un vasto monumento perteneciente al antiguo mundo (1). La exacta regularidad de sus ángulos en muchas partes, esas venas de aspecto semejante, cuyo rastro puede seguirse de uno á otro, indican que estos fragmentos estuvieron en otro tiempo reunidos de modo que formaban un todo, al paso que las líneas distintas y escarpadas de los puntos de separación prueban que no se desunieron por una separación gradual ó por una acción lenta y continua, sino que los dividió y separó alguna convulsión violenta. Pues bien; ya habeis visto que los etnógrafos más sabios han sacado igualmente conclusiones positivas.

Otro ramo hay de nuestra ciencia que parece independiente de todo lo que hemos aclarado hasta aquí, y que sin embargo sería injusto pasar en silencio. Toda la historia de estos estudios, en cuanto yo he podido dársela, parece que se aplica casi exclusivamente al antiguo mundo, donde debe haber hecho mucho la civilización para asimilar formas y amalgamar dialectos, al paso que en lo interior del Africa, y de un modo todavía más sorprendente en el hemisferio occidental, la teoría del lenguaje se resiste al parecer á sujetarse á los principios que hemos sentado, y la variedad infinita de las lenguas envuelve el origen de la población en un terrible misterio.

Es casi increíble el número de los dialectos que hablan los naturales de América. Elijase una región del antiguo mundo donde se crea que se hablan más lenguas, y tómese al acaso un espacio igual de terreno en cualquiera distrito de América poblado por indígenas; este último punto dará seguramente mayor número de lenguas diferentes (2). Yo mismo he sido testigo de una inquietud tal sobre esta materia en personas de profundo saber y grande inteligencia, que no querían dar crédito á las aserciones de Humboldt respecto del número de las lenguas de América, más bien que admitir lo que miraban como una objeción incontestable contra la narración de la Sagrada Escritura; porque no podemos suponer que cada una de estas tribus que habla un lenguaje total-

(1) Véase á D'Aubuisson, *Tratado de geognosia*; Strasburgo, 1827.

(2) Véase Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*; Paris, 1825.

mente ininteligible para sus vecinos, descienda en línea recta de una familia formada al tiempo de la dispersión; sin hablar de la extraña anomalía de que saliendo de familias humanas formadas así una multitud tan prodigiosa de tribus tan insignificantes, pudiesen en su dispersión llegar á tal distancia. No es extraño que los incrédulos del último siglo hayan adoptado un método más breve de resolver este problema, asegurando que la América había tenido su población propia, independiente de la del continente antiguo (1). Aquí también se presentaron los amigos de la religión; como ha sucedido muchísimas veces, con hipótesis apenas trazadas y teorías sin fundamento sobre el origen de la población americana y los medios por los cuales había llegado á aquellas regiones. Campomanes se hizo el patrono de los cartagineses, Kircher y Huet de los egipcios, de Guignes de los hunnos, sir William Jones de los indios, y varios anticuarios americanos de las tribus de Israel. Ahora tenemos que examinar qué luz ha esparcido la etnografía sobre esta cuestión, y hasta qué punto concuerdan las soluciones que da con los resultados satisfactorios obtenidos en otros países del globo. Los partidarios de lo que hemos llamado escuela *Wexica*, tentaron el primer paso para establecer una conexión entre los habitantes de los dos continentes, y consistía en comparar las voces de los dialectos americanos con términos tomados de las naciones del Norte y del Este del Asia. Smith Barton fué el primero que hizo esta tentativa, y su trabajo se insertó bajo una forma muy extensa en un Ensayo que publicó Vater primeramente en 1810, y después en su *Mitridates* (2). Voy á dar el resultado de sus tareas con las mismas palabras de un juez competente. «Algunas investigaciones hechas con la más escrupulosa exactitud, siguiendo un método que no se había empleado aún en el estudio de la etimología, han probado la existencia de algunas palabras comunes á los vocabularios de los dos continentes. En ochenta y tres lenguas americanas examinadas por Barton y Vater, se hallan ciento setenta palabras cuyas raíces parecen las mismas; y es fácil ver que esta analogía no puede ser accidental, porque no se funda puramente en la armonía imitativa ó en la conformidad de órganos, que produce una identidad casi per-

(1) Véase Bullet, *Respuestas críticas*; Besançon, 1819.

(2) *Untersuchung über Amerikas Bevölkerung aus dem alten Continente*; Leipzig, 1810.—*Mitrid.*, 3, cap. II, abth., pág. 340.



«fecta en los primeros sonidos articulados por los niños. De las ciento setenta palabras que tienen esta analogía, las tres quintas partes se parecen al manchuriano, al tongouso, al mongólico y al samoyedo, y las dos quintas restantes se hallan en las lenguas céltica y tchouda, vascuense, copta y congo. Estas palabras se han hallado comparando la totalidad de las lenguas americanas con la totalidad de las del antiguo mundo, porque hasta ahora no conocemos ningun idioma americano que tenga al parecer una correspondencia exclusiva con ninguna de las lenguas del Asia, del Africa ó de la Europa (1).»

Malte-Brun intentó dar un paso más, y establecer lo que él llama una conexión geográfica entre las lenguas americanas y asiáticas. Véanse aquí sus conclusiones después de una investigación escrupulosa: que algunas tribus aliadas con las familias fenna, ostiaca, permiana y caucásica, costean el mar Glacial, y atravesando el estrecho de Behring, se dispersaron en diferentes direcciones hacia la Groenlandia y Chile; que otras tribus, pertenecientes á los japoneses, chinos y kourilianos, siguiendo la costa, penetraron en Méjico (2); y que otra colonia, en relación con los tongousos, los manchurios y los mongolios, siguió las cordilleras de montañas de los dos continentes, y llegó al mismo destino. Además de estas grandes emigraciones, supone que hubo muchas pequeñas, y que con estas se trasportaron cierto número de palabras malayas, javanesas y aun africanas (3). Por inusitadas que parezcan unas comparaciones hechas así, las admitieron, según habeis visto, el sabio viajero que he citado, y también Balbi, como que probaban bastante una semejanza demasiado marcada en las lenguas de los dos continentes para ser accidental.

Sin embargo, confesaré que considero estos resultados como poco importantes, tanto porque las semejanzas son bastante ligeras, y muy irregulares para que sirvan de mucho, cuanto porque los mismos autores que las dan, consi-

(1) A. de Humboldt, *Vista de las cordilleras*, trad. ing.

(2) El Sr. de Humboldt piensa que los toltecas (ó aztecas) que colonizaron á Méjico, eran los hiognoos, de quienes dicen los anales chinos que emigraron y se perdieron en el Norte de la Siberia (*Ensayo político*). Véase también Paravey, *Memoria sobre el origen japon, árabe y vasco de los pueblos del llano de Bogotá*; Paris, 1835.

(3) *Estado del enlace geográfico de las lenguas americanas y asiáticas*. Geogr. univ.; Paris, 1824.

deran estas emigraciones como simples aumentos de una población ya existente, y puramente como agentes modificantes de la formación ó alteración de los idiomas indígenas (1). Así estos resultados, admitiéndolos por verdaderos, no tienen más importancia que esta, que nos autorizan para conjeturar que la población originaria llegó al hemisferio occidental por el mismo camino que llevaron las emigraciones subsiguientes. De este modo, no me sorprende que una comisión de la Sociedad Asiática de Paris, nombrada en 1829 (2), juzgase que no podía sostenerse una tentativa semejante, hecha más modernamente por Siebold para enlazar los japoneses con los moscas ó muiscas, gran nación americana, situada entre Maracaibo y Rio de la Hacha.

Pero algunas conclusiones sacadas por la ciencia etnográfica de la observación de fenómenos generales y particulares, estriban más materialmente sobre este punto, y han desvanecido completamente todas las dificultades que provenían de la multiplicidad de lenguas americanas. En primer lugar, el examen de la estructura común á todas ellas no ha dejado duda que formaban toda una familia individual, unida en todas sus partes por la analogía gramatical, el vínculo más esencial de todos. Esta analogía no es de una especie vaga é indefinida, sino muy compleja, y comprende las partes más necesarias y elementales de la gramática, porque consiste especialmente en métodos particulares de modificar por la conjugación la significación y las relaciones de los verbos mediante la inscripción de sílabas; y esta forma indujo á G. de Humboldt á dar á las lenguas americanas un nombre de familia, como que forman sus conjugaciones, por lo que él llamaba la *aglutinación*. Esta analogía no es solamente parcial, sino que se extiende á las dos grandes divisiones del Nuevo-Mundo, y da un aire de familia á las lenguas que hablan bajo la zona tórrida y en el polo ártico las tribus más salvajes ó más civilizadas. «Esta maravillosa uniformidad, dice un escritor, en la manera particular de formar las conjugaciones de los verbos de un extremo de América á otro, favorece singularmente la suposición de un pueblo primitivo que formó el tronco común de todas las naciones indígenas de América (3).» Otro observa que la conclusión más

(1) Vater, pág. 338; Malte-Brun, pág. 212.

(2) *Memoria relativa al origen de los japoneses*, nuevo diario asiático, Junio, 1829.

(3) Malte-Brun,